



Antonio Soler

Una historia violenta



Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

ANTONIO SOLER

Una historia violenta

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

La pelea

La cara de don Guillermo era como la de esos presidentes de América que hay labradas en una montaña. Una cara con las mejillas cuadradas y tan altas que podría hacerse alpinismo por ellas. Como la parte de atrás de los edificios que había al otro lado de la calle, así era la cara de don Guillermo Galiana, el padre de Ernestito Galiana. Igual que la fachada trasera de esos bloques, sin ventanas y mal pintada pero lisa y muy alta.

Siempre vista desde abajo y siempre creciendo hacia el cielo azul del verano.

Así era la cara del padre de Ernestito. Su cara no estaba mal pintada ni tenía desconchones ni viejas marcas de lluvia, aunque una mancha de color rosado, un lago pálido, ocupaba parte de su mejilla derecha y desde el pómulo bajaba, mansa, hermosa y limpia hasta perderse bajo el cuello impecable de la camisa. Era el antiguo reflejo de la lava, el recuerdo de un periodo de explosiones que había quedado allí marcado como una aurora boreal, tan cerca del cielo. En la pared de su cara.

Arriba, en la cumbre, en vez de los depósitos de agua que había en los bloques, don Guillermo Galiana tenía un promontorio, la cresta maciza, gris y apelmazada de su pelo, maravillosamente cortado a navaja.

Su cabeza era un volcán del que salía aquella masa ondulada de su pelo, con vetas blancas. Auténtica lava petrificada.

El padre de Ernestito Galiana, si fuese verdad lo que en mi casa decían, medía más de dos metros. Y de hombro a hombro podía medir una inmensidad, un número insospechado e igualmente exagerado de centímetros.

Los centímetros variaban según el estado de ánimo y el humor que mi padre tuviera ese día.

La anchura de los hombros de don Guillermo Galiana encogían si mi padre había llegado esa tarde con las manos manchadas de grasa, manchadas hasta el codo, y su camión Leyland se había negado a subir una cuesta o directamente no había querido arrancar. Si por el contrario mi padre había aparecido silbando, con las manos en los bolsillos y su camisa blanca inmaculada, arremangada hasta medio brazo, el mundo tendía a expandirse. Esos días el big bang se mostraba en pleno apogeo, y entonces los hombros de don Guillermo podían medir también dos metros.

Así eran las cosas.

Cuando don Guillermo hablaba o sonreía y sacaba los dientes al sol parecía que alguien hubiera subido un telón o enchufado el reflector de una película de presos aficionados a las fugas nocturnas.

Aquel muestrario de dientes. Sanos, rectos. La muralla china de los dientes.

Era un gigante simpático y muy educado. La palabra educación era la palabra que más se usaba en la casa de la familia Galiana. Y eso, en la calle Lanuza, en aquel tiempo, era tan insólito como si toda la familia Galiana hubiera ido vestida de esquimal.

La casa de Ernestito Galiana era una gran joroba blanca y esplendorosa que le salía a la calle. Alta y robusta –silenciosa, satisfecha–, con sus dibujos de yeso dividiendo horizontalmente la fachada en dos y enmarcando las ventanas con aquellas molduras que al principio del verano un hombre famélico y pequeño, subido a una escalera bamboleante, pintaba de color azul.

Mi casa estaba al lado de la esquina. Por allí empezaba la calle. Le seguía la casa de Mauri, que era idéntica a la mía, salvo que la suya tenía azotea. Por lo demás, parecía que fuesen la misma casa, que un maniático del orden hubiera doblado por la mitad el papel donde estaban dibujadas y las hubiera calcado, una sobre otra, y luego hubiera desplegado el papel y nos hubiera metido allí dentro a vivir. A continuación estaba la casa de la familia Galiana.

Había más mundo, más vida, más gente después de la casa de Ernestito Galiana, aunque a mí entonces me hubiera costado creerlo. Había más mundo subiendo ese lado de la calle, en dirección a los Pabellones Militares, pero no había más niños. Había vecinos con bastón, vecinos con enfermeda-

des, trabajos y motocicletas –uno con un piano–, vecinos con hijos mayores que trabajaban en talleres o cada tanto aparecían vestidos de soldados. Una nebulosa que a nadie interesaba.

La casa de Ernestito Galiana también estaba dividida en dos. Pero allí la división no era vertical, sino horizontal. Y en absoluto era simétrica. El dios del orden no se había querido inmiscuir en los delicados asuntos de aquella casa, precisamente porque aquél era su reino. El orden lo había puesto aquel dios en la arquitectura de la casa de Mauri y en la mía porque aquél, el de los ladrillos, las ventanas y las puertas, era el único orden que podía existir en ellas.

La casa de Ernestito Galiana tenía dos pisos. En el de arriba vivían él y sus padres, don Guillermo y doña Julia. En el de abajo estaba el patio, con los macetones grandes, llenos de plantas frondosas, y dos bancos de hierro en los que nunca se sentaba nadie. A un lado del patio había una puerta que daba a una serie de pasillos oscuros, habitaciones cerradas y salas vacías con muebles cubiertos de sábanas, lámparas cargadas de cristales y espejos llenos de penumbra donde de pronto uno podía aparecer convertido en un fantasma. Alguien me había contado que allí habían vivido doña Amelia y don Rodri, los tíos ricos de Ernestito, esos que ahora llegaban algunas veces de visita con su coche enorme y metían o sacaban cajas de esa parte deshabitada de la casa.

Al otro lado del patio, entre dos macetones grandes con palmeras, había un pasillo corto que daba a

una puerta pintada de color verde oscuro. Ésa era la vivienda de Tusa, la tía de Ernestito Galiana.

Sólo cuando Ernestito llevó a cabo su triste hazaña y nuestra calle apareció en el periódico –la fotografía en la cual la cara de mi padre asomaba sonriente entre varias cabezas borrosas y unas manchas de tinta– supe que el nombre de Tusa era Teresa.

Tusa siempre llevaba los labios y las uñas pintados del mismo color rosa.

Durante mucho tiempo pensé que usaba la misma pintura para colorearse las uñas y los labios. La pintura desprendía un olor mareante y ella la sacaba cuidadosamente de un tarrito pequeño y macizo, después de haberlo hecho girar con frenesí entre las dos manos, repitiendo el movimiento que según nos explicaron en el colegio usaban los hombres primitivos para hacer fuego.

El pelo casi siempre lo llevaba recogido en un moño, y a mí me gustaba mirar aquellas vetas en las que varias gamas de rubio apagado viajaban ascendente y majestuosamente desde las sienes hasta la cima del moño o se derramaban con dulzura y se quedaban allí flotando al lado de su oreja, como un muelle blando.

Luego supe que no. Que aquella pinturaolorosa con la que yo me emborrachaba dulcemente y con la que Tusa, usando un pincel que aparecía soldado al tapón del propio frasquito, se pintaba las uñas no era la misma que utilizaba para colorearse los labios. Yo mismo, hundido en el sofá color berenjena, sin mover las piernas ni la cabeza

para no desequilibrarla, sin respirar, pude ver en más de una ocasión cómo Tusa se pintaba las uñas y extendía con el pincelito la pintura espesa y rosada mientras la habitación se transformaba y las paredes se reblandecían a causa de aquel olor.

Entonces, la lengua de Tusa, rosada y somnolienta, asomaba un poco y se quedaba pegada a su labio superior. Como si vagamente le interesara aquel trabajo.

También había niños al otro lado de la calle Lanuza, en los bloques. Pero eran niños que sabían cómo y cuándo debían decir palabras como picha, cagón, mierda y puta, y las decían sin reírse, metidas con decisión entre otras palabras, verdaderamente irritados. Escupían lejos y te miraban muy fijo a los ojos y con la cara torcida, como si no oyeran bien, esperando que repitieras lo que habías dicho.

Llevaban navaja en el bolsillo de atrás. Por lo menos el Mezcua y el hermano de la Popi las llevaban y afilaban palos y astillas mientras hablaban y maldecían. Una tribu que no paraba de gesticular y moverse. Incluso si estaban sentados en la escalera de los bloques se daban guantadas entre ellos, movían las piernas o tiraban piedras a lo lejos.

Más allá de los bloques, estaba la selva de la Trinidad. Casas con olor a agua de mar y huesos hervidos. Tabernas como agujeros y tiendas que parecían tabernas, siempre con la luz eléctrica encendida y unas mujeres que asomaban a la calle medio deslumbradas de entre aquella penumbra

incierto como si salieran de un túnel. Había perros sin dueño, hombres que salían a la puerta sin camisa y mujeres que los llamaban a gritos por las ventanas. Niños entre los cuales los niños de los bloques habrían sido princesas.

Calles dobladas y sin nombres, un laberinto estrecho que avanzaba trabajosamente hacia el río y el centro de la ciudad. Un territorio sin explorar, sólo vislumbrado, como si perteneciera a un futuro remoto, y en cuyos límites yo sólo había puesto los pies una tarde lejana, al salir del colegio y regresar a mi casa solo por primera vez.

«Es un hombrecito», dijo mi madre cuando esa tarde llegué a mi casa y me senté en una silla, balanceando las piernas, callado.

Un hombrecito. Los niños de los bloques nos llamaron un día a Ernestito, a Mauri y a mí princesas. A ellos les importaba poco que Ernestito fuese tan alto como un hombre y pesara casi tanto como todos ellos juntos. Le pidieron prestado su balón de cuero y cuando él se negó empezaron a escupir, a mirarse entre ellos riéndose sin ganas y a llamarnos princesas.

Tampoco a mí, cuando me peleé con él en el escalón alto, me importó que Ernestito fuese así de grande o pesara tanto como dos o cuatro hombres. Diez veces más que yo. Estuvo a punto de asfixiarme. No de estrangularme o de dejarme sin aire en los pulmones poniéndome un trapo en la boca y apretando con fuerza como hacían en las películas, sino aplastándome con su cuerpo, envolviéndome. Sepultándome.

Ahogándome como una gota de agua ahoga a una hormiga. Así. Como cuando en el patio echábamos una gota, sólo una gota de agua, sobre una hormiga y la hormiga, sorprendida y tozuda, seguía maniobrando allí abajo. Caminando dificultosamente bajo el mar. A veces la hormiga conseguía salir de aquel pequeño círculo y dejaba su rastro mojado en la baldosa roja, un hilo brillante de uno o dos centímetros de longitud. Hasta que se paraba y, sin que nadie le hiciera nada, se moría al final del pequeño camino de agua. Como si de pronto se hubiera acordado de que se tenía que morir.

Entonces elegíamos otra hormiga.

Ernestito, Mauri y yo éramos niños que no apedreábamos cristales, no tocábamos los timbres de las casas, no huíamos de las personas mayores en desbandada después de regarlas con agua ni robábamos en el quiosco de Fortes. Pero él, Ernestito Galiana, además de eso, era educado.

Cuando Ernestito llegaba a mi casa y mi madre le abría la puerta, en primer lugar decía buenos días o buenas tardes y luego preguntaba por mí. Incluso se lo decía a mi hermana si era ella quien le abría la puerta. No importaba que mi hermana ya se hubiera dado la vuelta y lo hubiese dejado allí, con su balón bajo el brazo o su fajo de cromos nuevos en la mano, ceñidos por un elástico igual de nuevo, diciendo buenos días. Mi hermana ya estaba otra vez metida en su habitación, subiendo el volumen del tocadiscos y murmurando, «Pesado-pesado», o gritando como una loca, como si ella también fuera una drogadicta que perseguía histó-

rica a los músicos melenudos por las calles. Gritaba, «¡¡Niñooooooooooooo!!».

Así era como me llamaba. Niño. Yo para ella no tenía nombre. Y creo que tampoco cara.

Éramos chicos buenos a pesar de Mauri y sus colillas.

Mauri fumaba. Mauri fumaba desde que salió del vientre de su madre o incluso desde un poco antes.

Desde que Ernestito se había enterado de lo del agujero de las mujeres y todo ese asunto, cada vez que Mauri encendía un cigarrillo siempre repetía lo mismo. Se lo decía a Mauri o me lo susurraba a mí al oído, como si fuese un secreto, aunque Mauri ya sabía de qué se trataba. «Seguro que dejó una humareda en el agujero de su madre», decía. Y me miraba satisfecho, bizqueando un poco, torciendo un poco la cabeza, Ernestito Galiana.

Siempre intentaba hacerme comprender el sentido de sus palabras con aquel bizqueo. En realidad bizqueaba casi siempre, o tenía torcida la cabeza. Aunque lo que realmente torcía era el cuello. Verdaderamente resultaba difícil saber con exactitud qué había de torcido en su cara o en su cabeza, en su expresión. Pero sin duda algo estaba allí desequilibrado, salido de un eje imaginario. Algo dispar, tal vez roto, descuadrado. Quizá habría que analizar ese punto con más atención. No sé. Tal vez aquello fuese importante en todo lo que luego sucedió.

En cualquier caso, lo cierto es que Mauri no paraba de fumar. Fumaba y marcaba sus colillas. Al acabar cada cigarrillo tenía la precaución de hin-

car cuidadosamente los colmillos en el filtro, dos veces. Lo hacía para luego poder identificar cuáles eran sus colillas al verlas tiradas por ahí. Eso le parecía importante. Siempre iba mirando al suelo, y dándole con la punta del zapato a las colillas que encontraba.

Algunas veces, en el descampado que había cerca de los bloques, encontraba una con su marca. Eso decía, mostrando orgulloso una colilla polvorienta. Aunque Ernestito se lo discutiera mucho, siempre con las mismas palabras. «Demuéstralo, demuéstralo. Venga, demuéstralo.» Entonces era a Mauri a quien se le torcía la cara. Pero de otro modo.

A veces, la hormiga, si tenía suerte, podía escapar de la gota de agua y, después de recorrer tres o cuatro centímetros dejando aquel rastro suave en la baldosa con sus patas húmedas, volvía a caminar algo despreocupada, incluso más ligera que antes de que le hubiese caído la gota de agua. En ese caso podía ir al hormiguero o en busca de sus migas de pan, sus cáscaras de pipas o sus menudencias, como si todo hubiera sido una pesadilla. Pero si tenía menos suerte, la hormiga podía toparse con el cigarrillo de Mauri.

Después del esfuerzo submarino, la caminata con las patas reblandecidas y los dos primeros pasos en terreno seco se le venía encima aquel cilindro enorme e incandescente, un sol de la marca Chesterfield o LM, dirigido por los dedos de Mauri, y se producía el crujido menudo y la desaparición de la hormiga del planeta Tierra.

Lo del fuego no era una regla. Ocurría cuando

Mauri estaba fumando. El problema para las hormigas es que Mauri fumaba casi todo el tiempo.

Don Guillermo Galiana no fumaba. Don Guillermo tenía un coche nuevo, un 600 reluciente, aunque era de segunda mano. Lo comentaron mucho en la calle. Por lo menos en casa de Mauri y en la mía lo repitieron sin cesar durante una larga temporada. «Ese coche es de segunda mano pero está más nuevo que si fuese nuevo.»

Lo decían como si de ese hecho se desprendiera algo censurable o aquellas palabras encerrasen una adivinanza de la que nadie conocía la respuesta. Por eso las repetían incasablemente. Una y otra vez, casi en el mismo tono. Intentando encontrar en el eco la solución al enigma.

En realidad creo que la única cuestión que encerraba aquel fenómeno estribaba en que don Guillermo era un hombre de provecho, un ser puntilloso y calculador. Un hombre comedido en todo menos en su estatura.

Un hombre próspero. Algo sospechoso durante aquella época en la calle Lanuza.

Los primeros días, cuando la presencia del 600 era todavía una novedad absoluta, mi madre y la madre de Mauri se asomaban a la ventana para ver cómo don Guillermo se introducía en el coche. Lo hacían sin disimulo.

«Es un espectáculo», se decían la una a la otra, antes y después de que el automovilista subiese y se lograra acomodar dentro de su coche.

Don Guillermo salía de su casa con un traje gris y les daba los buenos días, agachando levemente la cabeza, sonriendo. Después, inclinándose un poco, como hacían los curas al pasar por delante del altar, abría la cerradura del 600 y entonces giraba unos 45 grados el cuerpo y casi 90 la cabeza para mirar hacia la parte superior de su casa y lanzarle con la mano un beso a su mujer, que estaba allí asomada, enmarcada por una moldura de escayola azul. Viendo partir a su marido hacia la oficina como si fuese un marino que se adentra en una tormenta o un aventurero sin patria.

Después de lanzar el beso, don Guillermo se agachaba todavía un poco más. La mancha rosada de su cara aumentaba unos grados de tono, haciéndose casi de color chicle, y don Guillermo introducía una pierna en el coche a la par que se encogía y avanzaba de lado. Se plegaba sobre sí mismo, se ovillaba en un extemporáneo número de circo y se introducía allí, casi masticando el volante al sonreír y sacar sus dientes a la madre de Mauri, a mi madre y a su mujer, doña Julia, que desde arriba ya sólo alcanzaría a ver sus manos engullendo el volante y parte de su chaqueta gris apretada contra la puerta.

Don Guillermo aprovechaba cada milímetro de espacio, acoplado a aquella carcasa igual que un caracol a su concha. Y como un caracol, el 600 se ponía en movimiento. Pisaba los guijarros rezonando, quejándose de lo bajo de su suerte, del peso de don Guillermo. Blanco, resplandeciente, los cristales lanzando destellos de sol entre los que se

divisaban los dientes de don Guillermo Galiana, el coche de segunda mano desaparecía por la esquina a la velocidad de un caracol apresurado y se perdía camino a un mundo desconocido de oficinas, hombres con corbata y mujeres que hablaban por teléfono con un lápiz metido en el moño y sin apenas alzar la voz.

Las vi una vez a aquellas mujeres. El día que íbamos a la playa a recoger a su familia y don Guillermo detuvo su coche debajo de la oficina y me invitó a subir con él. Aquello estaba lleno de mujeres parecidas a Tusa. Aunque sin ser Tusa. Eran imitaciones de Tusa. Ellas, de haberse esforzado, de haber sabido que existía Tusa, podrían haber sido igual a Tusa, o casi igual.

Además de repetir las palabras sospechosas sobre el 600 de segunda mano, mi madre y la madre de Mauri decían que don Guillermo y su mujer eran unos exagerados. Unos comediantes. Lo decían por su escena diaria de los besos lanzados al aire. La llamaban así, «la escena», o «la escenita». Y al recordarla no podían evitar hacer un movimiento de negación con la cabeza y elevar las cejas a la vez que entornaban los párpados. Casi parecía que iban a escupir, como los niños de los bloques, al acordarse de aquel beso.

En mi casa nadie lanzaba besos a nadie, a ninguna parte. Mi padre entraba o salía de la casa diciendo, «Mambrú se va», o «Mambrú ha venido». O se iba sin decir nada. Por lo menos a mí no me decía nada. Se iba y nada más.

El portazo era la señal. Aquél era su beso.

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º I.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com
Círculo de Lectores, S.A.
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona
www.circulo.es

Primera edición: octubre 2013

© Antonio Soler, 2013
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2013
© para la edición club, Círculo de Lectores, S.A., 2013

Preimpresión: gama, sl
Impresión y encuadernación: Liberdúplex
Depósito legal: B. 15345-2013
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-15472-93-3
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-5598-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)